

nas. Con la ausencia de los poetas que en nuestra tierra se dieron a la apasionante tarea de cantar el mundo de la niñez, no podrá existir ni una ni otra cosa. Y, además en libro salido de Chile, olería—para siempre— ¡a qué sé yo qué tristeza...!

Creemos del caso anotar otras ausencias: ¿Por qué no figura Claudia Lars, máxime si se recuerda que la propia Editorial Zig-Zag publicó, en 1942, su «Casa de Vidrio»...? Asimismo, la uruguaya Ana Amalia Clulow, directora de un mensuario de poesía infantil de primer orden, llamado «Acento», anda lejos del gusto de María Romero, o de los niños que dice que la guiaron: a juzgar por los resultados, convendría no abandonarlas (1).

Para el mío, pediría, por último, una mirada al «Ismaelillo» de Martí, el cubano que atacó la bellísima empresa de la revista infantil medular en las páginas de «La Edad de Oro». Y la inclusión de «Malaentraña», del venezolano Queremel. Y a propósito final: ¿por qué María Romero no busca en los libros de Olivares Figueroa, uno de los cuales, impreso en nuestro país, precisamente, antologó poesía para niños de Venezuela?—ANDRÉS SABELLA.



<https://doi.org/10.29393/At224-25CVAD10258>

LA CALLE DE LA VIDA Y DE LA MUERTE, por *Enrique Larreta*.
Ediciones Espasa-Calpe. Argentina, S. A.

En el prefacio de este libro integrado en su totalidad a base de sonetos, Enrique Larreta, se encarga de señalarnos la fuente de su título. Expresa: «El título general «La Calle de la Vida y de la Muerte», es el nombre, el extraño y misterioso

(1) La poesía transparente de José María Eguren, tan de infancia, como indicaba Mariátegui, es excluida de esta obra, no debiendo ser, si recordamos que el peruano firmó poemas como «Los reyes rojos», de insuperable aliento niño y auténtico.

nombre de una calle de Avila, en Castilla la vieja, va a morir al pie de la Iglesia Mayor».

He aquí la clave, circunstancial e incolora, de toda esta obra, escrita con esmerados puños de artesano intelectual. Pero pequeña artesanía, al margen de toda creación poética. Los versos de Larreta equivalen a prolijos trozos de piedra u otro material cogidos de un edificio en demolición, para hacer una nueva morada, inferior a la demolida, rigurosamente inferior.

Ha tomado, hasta donde le fué posible, los descubrimientos estilísticos hechos por los verdaderos poetas que le han precedido, para reacuñarlos en reducidas y mediocres monedas líricas: he ahí sus sonetos. Oigámosle:

«Dioses desconocidos. Una extraña ternura
que aunque nace en su pecho le envuelve torrentosa.
Regato, salto, río. Dulzura poderosa
y a las veces dolor mejor que la dulzura».

(«Idilio»).

Según nuestro juicio, las páginas más meritorias de este fallido volumen, están en el prefacio y, en forma principal, en aquellas en que manifiesta su fe acerca de la perenne actualidad de la poesía, «¡La poesía! Cuando muchos aseguraban su desaparición — nos dice—, héla ahí de nuevo más anhelante, más hermosa y, casi pudiera decirse, más necesaria que nunca. Concentrados valores. Hoy día, vuélvese a ella como se corre a las joyas en los naufragios. Acaso la ilusión, en medio de la universal estupidez de estos tiempos, busque allí su último socorro».

Del mismo modo, los sonetos más logrados, según el fiel de nuestra balanza crítica, son los intitulados: «Esquivias»; «Desaliento»; «Los Versos»; «En el frío balcón»; «Mano en la Sombra»; «Riachuelo de los Navíos»; «Ya le falta muy poco» y «Granada».

En el primero coge, con menos hondura que la aportada por Bruno Frank, en cualquier trozo de los breves capítulos de su obra «Ese hombre apellidado Cervantes», el tristísimo matrimonio y aun más lamentable residencia del ilustre escritor, en la aldehuela de Esquivias:

«Osamenta de pueblo. Polvo y cal de los años.
Silencio de las pálidas y ensimismadas puertas.
Quijotescos fantasmas en las plazuelas muertas
de nubes que al pasar levantan los rebaños.
Allí contrajo nupcias. Allí en los aledaños
el tío de su esposa recibe las espuestas,
más o menos vacías de imaginarias huertas.
Aquel de los bonetes y trajes tan extraños.
Entre tanto, Miguel, burlando y en secreto,
va pergeñando trazas del recio hidalgo magro.
Caño de la demencia y elocuente esqueleto.
Así nace entre números de caseros cuadernos
y en sitio en que lo verde huele siempre a milagro;
una inmortal encina, con pájaros eternos».

En suma, un libro que demuestra, con verídica luz, hasta qué exiguo grado la verdadera poesía, la poesía creadora, no le incumbe al notable prosista que es don Enrique Larreta.—ANTONIO DE UNDURRAGA.